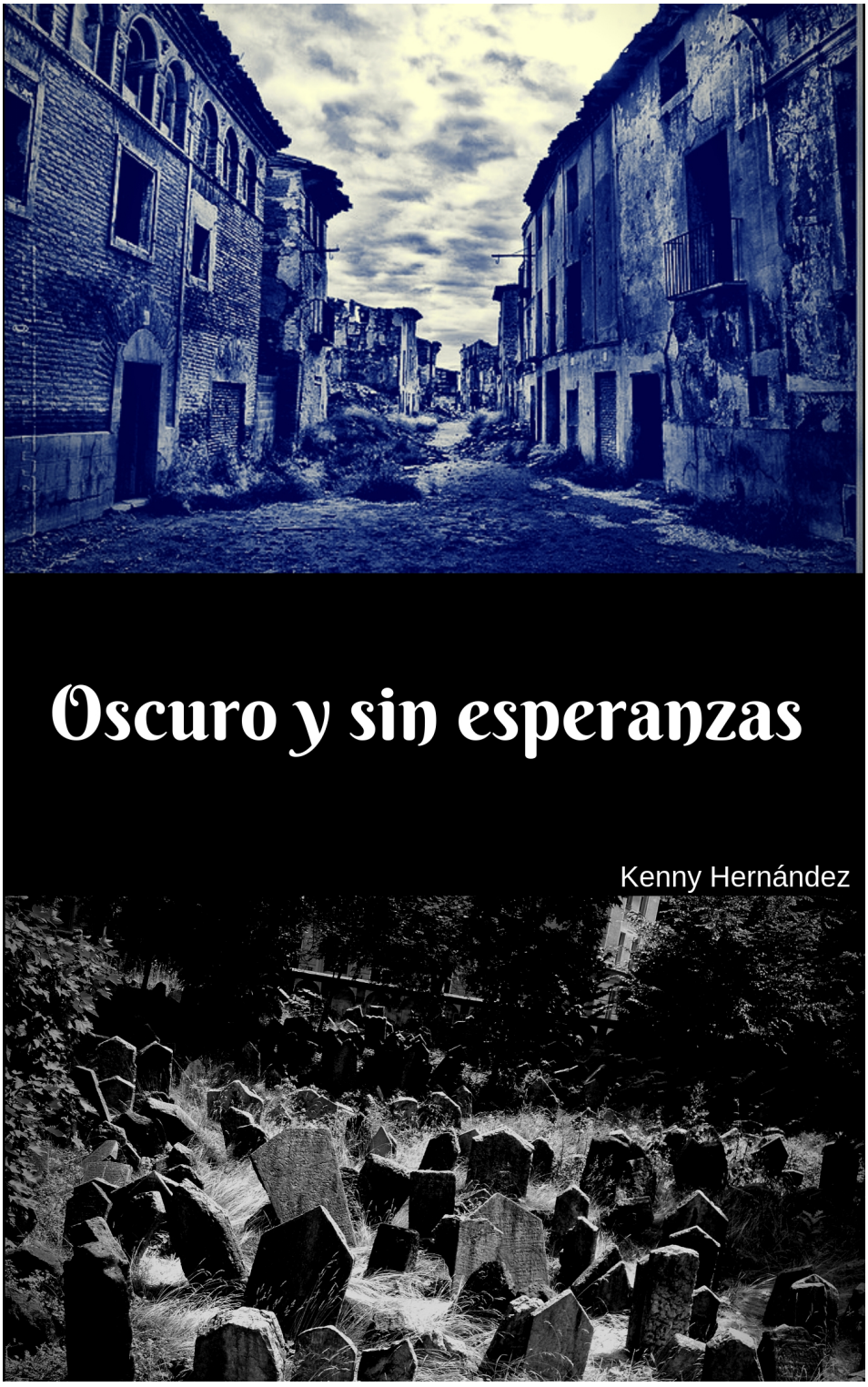
# Oscuro y sin esperanzas

Kenny Hernández



# Capítulo 1

La peste de insomnio

Carta anónima.

“Tenía la sensación de que algo andaba mal, no sé, tal vez, era sólo mi pobre imaginación, nacida de noches en vela, que me jugaba una mala pasada. Justo entonces comencé a añorar mis terrores nocturnos, aquellos eran la prueba de que al menos antes, dormir no era un imposible.

Y es que, tal como sucedió en una aldea lejana del universo del maestro Márquez, la peste de insomnio había emigrado de Macondo a este pueblo rural. De nosotros, sólo quedan los vestigios de algo que ya no volveremos a ser.

No luego de las locuras cometidas, la desesperación por dormir nos quebró, haciéndonos creer, que esta realidad no es más que un mito, ahora soñamos, con los ojos abiertos, abandonando nuestra humanidad.

Hemos sido abandonados por Morfeo, lo devoró la peste, y nos mutiló la cordura, ahora sólo somos animales. Por eso, por eso y nada más escribo esto, mi último rastro de consciencia, pues, mi razón se diluyó al ceder, como todos, a las atrocidades que has visto afuera, y de antemano, pido disculpas.

P.D. No mires atrás, no quiero ser visto así, tampoco me juzgues, sólo quiero darle un gusto a mi paladar.”

# Capítulo 2

La ruta del parpadeo

Creo, que todos recuerdan aquel día, aquel extraño día, donde las nubes asustadas se calmaron en el regazo del sol, tiñéndose de oscuridad, una fría, y extraña oscuridad.

Aquello fue cosa de un parpadeo, el inicio fue tan abrupto, que mi pestañeo se perdió en un lapsus de tiempo, o tal vez, el tiempo murió frente a mis ojos. Me mecía aún en el pórtico cuando el joven Robert cruzó frente a mí a toda velocidad, con rostro de espanto; fue algo extraño, fue, sin duda, una imagen desesperada, y de la desesperación, era de lo que se alimentaba Implara.

Y como si un rayo golpeara mi cabeza, así de rápido entendí que nada era nuevo, que el cielo siempre es oscuro en este pueblo, donde la miseria es un habitante más y que nadie puede escapar.

Ahora arde mi piel chamuscada, mientras en un parpadeo al fin me libero, al menos, eso es lo que espero.

# Capítulo 3

Lo justo para vivir

Corría, se escabullía entre árboles y maleza, pisando las incontables hojas del bosque, mientras sus verdugos le pisaban no los talones, sino más bien las puntas de los pies; sabía que pronto lo acorralarían en el desfiladero, su único vicio, la libertad.

Recordó entonces a Nonna, la joven de viejos cuentos del pueblo, que acusada de brujería, se refugió en el "mar de árboles", se decía que más allá de aquellos, la mismísima Nonna recibía a quien llegara buscando refugio.

Decidió pues, girar y adentrarse en tan temido mar, sin embargo fue alcanzado; con sus pocas fuerzas, cogió dos piedras, una en cada mano. A la primera la lanzó y como guiado por su deseo, le abrió la frente a uno de sus perseguidores, con la segunda, aporreó a quemarropa a otro, zafándose de la jauría prejuiciosa, que buscó lapidarlo mientras éste escapaba entre una lluvia de piedras.

Huyó, como Nonna, mató, como Nonna, y ahora cae lentamente reposando sobre un pino, su vida se la llevó la lluvia y su cuerpo en descomposición es un mártir más del bosque, tal vez al final, fue feliz, haciendo lo justo para vivir.

# Capítulo 4

Aroma a flor

Habiéndose hecho tarde, se apresuró para volver a casa, las calles polvorientas y solas avisaban del peligro de vagar en ellas al morir la luz del día, ella no dudó en entrar y cerrar todo, incluso bloqueó la abertura entre la puerta y el suelo con un retazo del vestido que usaba su madre.

Colocó las flores sobre la vieja mesa astillada, y aún agitada, escuchó el crujir de una viga de madera, producto de la humedad. A sus catorce años ya vivía sola, la tuberculosis había besado a su madre y su padre danzaba noche a noche con el alcohol, estando ya más de un lado que del otro, viciado en una pena sin retorno.

Calentó en su única hoya el té de hierba dulce, y se sentó a contemplar las flores, para evitar escuchar los ruidos y gritos que cada noche, sonaban, siempre una víctima, siempre un victimario; el atardecer anunciaba el caos, el anochecer lo esparcía, haciéndole inevitable preguntarse cuándo sería su turno, de unirse a los incontables difuntos.

# Capítulo 5

El llanto de las aguas turbias

Mark buscaba cangrejos a la orilla del río, los cazaba por aburrimiento al menos una vez a la semana, ya era más un ritual que un pasatiempo; caminaba silencioso río abajo, donde la masa de agua del Río Libuse se adentraba en los manglares, que conducían un kilómetro después a la desembocadura de ésta al mar.

Sin darse cuenta, llegó al inicio del manglar, donde la corriente se apaciguaba mientras más se adentraba en el oscuro y pantanoso lugar; ahí, Mark escuchó los susurros de alguien detrás de un árbol, por lo que, luego de  preguntar, decidió ignorar los gritos de sus instintos y asomarse por un lado del árbol, la voz parecía la de un infante, que susurraba para sí extrañas palabras impronunciables para la lengua del joven.

Al asomarse por un lado se sobresaltó al no poder ver más que las raíces del mangle, peor aún, volvió a oír  lo que ahora eran leves sollozos provenientes del árbol contiguo. Fue entonces cuando el chico hizo caso a todos sus instintos naturales y emprendió la carrera hacia el pueblo, pero, mientras más avanzaban sus temblorosas piernas, otras pisadas también se marcaban sobre la arena, justo detrás de él, y los sollozos ahora eran llanto en gritos ¡casi alaridos! Y Mark corría ahora desesperado.

Sin embargo, aquellos gritos aturdieron al joven, hasta desorientarlo, y como si aquellos gritos lo hubieran empujado, su cuerpo cayó al agua, siendo arrastrado por la corriente de vuelta al manglar, a su vez, ahora también luchaba por mantenerse a flote y respirar desafiando la corriente, aún así, sus esfuerzos fueron bruscamente ahogados cuando desde abajo algo, o alguien, lo arrastró al fondo, hasta que no pudo luchar más, hundiéndose en las aguas turbias.

# Capítulo 6

Testigos de la herejía

No sabemos cómo empezó, mucho menos si algún día esta locura, literal, llegará a su final. Hay quienes dicen que todo empezó con la cacería de Nonna, otros, que somos víctimas de su maldición.

Somos los testigos, del mal, de la desgracia, del horror; somos presos, condenados al cruel destino que Implara nos imponga. Mi madre mutiló a mi padre, Tom, mi hermano menor, acuchilló a mi madre, los perros del viejo Patrick devoraron a Tom cuando éste se escabulló en su casa para robar, a su vez, el anciano fue alcanzado por un rayo la semana pasada, y es, una cadena sin fin.

Los que nacen, lo hacen para morir, literalmente, y no hay manera de evitarlo, la muerte y la herejía son un sello que se marca en nosotros y nos pudre por dentro, algunos matamos para sobrevivir, creyendo que aún somos cuerdos, otros, asesinan por placer, les excita, los llena, han sucumbido a la locura. Douglas, siento pena por ti. Y tal vez, siente más pena por nosotros los condenados el Diablo que el mismísimo Dios, porque la herejía es la salida, es sobrevivir, es, la piedad del mal, todo, y poco más.

# Capítulo 7

Sendero y soledad

Diario anónimo.

“Día tres.

Aún no encuentro la ruta por la que llegué a estas montañas, no sé ni cuál camino tomar, temo perderme aún más en éste extenso bosque. Ya no sé qué tanto valga la pena una aventura.

Ayer encontré un suéter abandonado, tieso y lleno de moho y tierra, parecía de mujer, en el bolsillo izquierdo hallé una nota con unas breves palabras: “¡Corre, sé libre, Mary!”

Noche tres.

Ésta es quizá, la más helada de todas las noches que he pasado hasta ahora en éste lugar, no sé si logre soportarlo, mañana temprano descenderé, me pareció haber visto un camino despejado, aún guardo esperanza.

Día cuatro.

Acabo de bajar hasta el camino, es más bien, un sendero algo estrecho, escoltado a ambos lados por árboles y maleza que ensombrecen el camino, no soy capaz de entender cómo no lo vi antes, es como si, simplemente hubiera aparecido, como sea, estoy seguro que me llevará hasta algún lugar poblado. ¡Estoy salvado!

Noche cuatro.

Llevo incontables horas caminando, y hasta ahora, es que al fin veo luces, civilización, y, ayuda, el pueblo está bajando el camino, al pie de la montaña, falta poco, muy poco.”

# Capítulo 8

La depresión de Mr. Thomas

Recuerdo mi niñez, fría y carente de inocencia, rara vez pude jugar con los otros chicos del pueblo sin que algo extraño o malo ocurriese, lo más común, era perder los balones en el jardín de Mr. Thomas, un anciano, aparentemente de descendencia francesa, espigado y amargado, cuya casa se encontraba frente a la mía, "amurallada" por una cerca de tablas de madera.

Ahora es un viejo aletargado, que pasa la mayor parte del día encerrado, observando por la ventana del pasillo en el segundo piso, desde su mecedora. No podré olvidar que en mi infancia cada balón que caía en su terreno era lanzado de vuelta a nosotros, acuchillado. Alguna vez oí hablar que su esposa murió durante el primer brote de la peste de insomnio, hace muchos años ya, aunque aún hoy, siguen habiendo casos, como el de Douglas, exiliado a las casas abandonadas en la entrada del pueblo "las casas de los exiliados".

No me puedo engañar, cuando lo pienso, admito que aborrezco a Mr. Thomas, a él le gustaba hacerle la vida imposible a los niños de la calle, y a la vez, me da lástima. Antes de ayer, lo vi asomado en su ventana, ayer, al despertar, también lo vi, en el mismo lugar, como si no quisiera estar ahí. Hoy, también lo vi, como si no se hubiera ido, su mirada se veía perdida, observando el vacío, parece inerte y frío, como si no estuviera vivo. La depresión de Mr. Thomas, parece su único abrigo, por tercer día consecutivo.

# Capítulo 9

El filósofo de la esquina oscura

Las noches en Implara eran ruido, sangre, violencia, un torpe intento de infierno con sabor a azufre, donde el tiempo traía la locura a hombres y mujeres, niños y viejos, sin piedad, sin chistar, ni por un ameno segundo.

Federico, era uno de aquellos seres corrompidos, de los pocos capaces de pasar toda una noche en las calles llenas de polvo y caos del pueblo, que casi parecían las fauces de alguna extraña criatura. Se refugiaba en el alcohol para olvidar que pisar aquellas calles a deshora, era casi una sentencia de muerte; y así, tambaleando desde la taberna “”En memoria de:”, caminaba hasta la esquina que, al cruzar, dos cuadras más adelante llevaba hasta las casas de los exiliados, un lugar en la que ni él querría estar en plena oscuridad.

Aquel era su sitio, se sentaba sobre l acera y pensaba, recordaba sus tretas y juegos sucios, era un rufián, él no era diferente al resto de la “escoria” del pueblo, como él mismo los llamaba, fue cuando se asomó hacia la calle contigua, justo al final de las casas de los exiliados, al final del sendero, en la entrada al pueblo, una silueta se acercaba, parecía, un extraño, alguien que tal vez se orientó terriblemente mal, un tonto bastante perdido, que llegó a un pueblo donde no llegan forajidos.

Fue ahí cuando recordó que ya había pasado un tiempo desde su última trampa, al engañar a aquel estúpido mocoso para entrar a la casa del viejo Patrick. Su conciencia ya empezaba a traicionarle, las imágenes de la carne desgarrada y arrancada de los huesos de Tom cada vez eran más intensas y ni el licor era suficiente para borrar aquello de su cabeza.

“Lo que está mal, está mal, de eso no hay duda, el problema no es el mal, es el dulce gusto que tiene en el alma, porque cuando lo pruebas quieres más, aunque luego te carcoma la conciencia, sigue siendo excitante.” Era su primera conclusión.

“Romper una cadena de tal vicio besa lo imposible, no lo roza, tal vez, incluso dicha aclaración tenga sexo con aquel adjetivo, quizá esa sea la mejor forma de describirlo. Siendo así, una vez que empiezas, la solución no es dejarlo, lo correcto es: volver a empezar.” Continuaba su segunda conclusión.

“Entonces, se debe volver a la malicia una vez más, para olvidar el pecado anterior, la culpa se recicla. La conciencia no es más importante que los

deseos.” Dictaba su tercera conclusión, se levantó, apurado por darle la bienvenida al nuevo habitante.